

EL NOMBRE EN LA PUNTA DE LA LENGUA

Pascal Quignard

ADVERTENCIA

El jueves 5 de julio cené en casa de Michèle Reverdy con Pierre Boulez, Claire Newman y Olivier Baumont. Michèle recordó el encargo de un cuento que le había hecho el Ensemble Instrumental de Baja Normandía dirigido por Dominique Debart. Se nos dio muy mal cortar en trozos un bloque de helado de café.

Yo doblé un cuchillo.

Boulez, con un nuevo cuchillo en la mano, de pie, apuntó. El bloque de helado rodó por los suelos. El choque no lo rompió. Lo pasamos bajo el agua. Conté el rudimento de un cuento en el que la falla del lenguaje era el origen de la acción. Este motivo me parecía que lo destinaba, mejor que cualquier otra leyenda, a la música. Los músicos, como los niños, como los escritores, son los habitantes de este defecto. Los niños residen durante al menos siete años en esta falla que la propia palabra infancia significa. Los músicos intentan librarse de ella en el canto. Los escritores se instalan en ella para siempre en lo espantoso. Un escritor, por lo demás, se define simplemente por ese estupor en la lengua, que, por añadidura, les conduce a la mayoría a ser desterrados de lo oral. Jean de La Fontaine había renunciado a recitar sus fábulas. Recurría con este objeto a un actor que se llamaba Gachés, que siempre se mantenía a su vera cuando aquél temía que alguien le pidiese la humillación de decirse. Pero ¿cuál no es el hombre que no tiene la falla del lenguaje por destino y el silencio como último rostro?

Se cayó un vaso. Después el bloque del postre rodó por el plato que contenía el queso.

Dos de entre nosotros tuvieron la idea de pedir a Michèle Reverdy un cuchillo de pan.

Michèle se levantó, se volvió hacia mí y me dijo que pretendía utilizar en ese caso doce cuerdas, un quinteto de vientos, un clavecín y una percusión.

Protegiéndome con la servilleta, respondí a Michèle que en ese caso me harían falta una silla de madera, una actriz, una mesa, un encendedor para yesca y una candela. Dije que

necesitaba también una roldana, una rueca y un bastidor de bordar. Añadí una manzana. Le envié el cuento el 17 de julio.

Volví de Islandia el miércoles 7 de octubre de 1992. Estaba iluminado: había visto el lugar donde se encuentra el infierno, el lugar donde la tierra es tan inhóspita como la vida, que ella, por lo demás, escasamente alberga. Había visto el lugar donde Dios no existe. Había visto el lugar de donde venían los antiguos normandos que desembarcaban en Caen, que saqueaban Avranches. Al día siguiente, el jueves 8, Michèle se sentó al piano e interpretó para mí los principales temas que había anotado. Admiré las líneas de los cantos que su mano había inscrito rápidamente a lápiz y que su voz intentaba reproducir. Reanudamos el conjunto del cuento con la mención de hacer más imprevisible la sucesión de los silencios, con el fin de reforzar los contrastes y el efecto de abandono que provocan, con el deseo, en fin, de marcar los recitados en las partes en que la voz femenina quedaba sola hablando en escena.

Modificamos el texto. De vuelta ante mi máquina de escribir, tecleé el texto comprimido al que habíamos llegado. Se lo envié a Michèle Reverdy el 15 de octubre.

El texto recopilado es aquel que se imprimió en la partitura. Publico aquí el texto completo, desarrollado.

*

A quien las transcribe de nuevo, a la intérprete que las canta, a la actriz que las articula, al lector que las sigue sin verlas y se absorbe en su significación, las palabras le parecen menos ininteligibles que a quien las escribe. Para escribirlas, éste las busca. Como aquel cuchillo en suspenso ante un bloque de helado que huye de él, quien escribe es un hombre con la mirada fija, con el cuerpo paralizado y las manos tendidas en ademán de súplica hacia palabras que huyen de él. Todos los nombres están «*sur le bout de la langue*», en la punta de la lengua. El arte consiste en saber convocarlos cuando es necesario y por una causa que revivifique sus cuerpos minúsculos y negros. El oído, la vista y los dedos esperan formando un redondel, como una boca, esa palabra que la mirada busca a la vez intensamente y en ninguna parte, que está más lejos que el cuerpo, en el fondo del aire. La mano que escribe es más bien una mano que hurga en el lenguaje que falta, que avanza a tientas hacia el lenguaje que sobrevive, que se crispa, se exaspera, que lo mendiga de la punta de los dedos. «*Bout*» [punta], «*debout*» [de pie] son en francés palabras recientes, sacadas de la lengua que empleaban los guerreros francos en la época en que invadieron la Galia. «*Bautan*» es «botar» -echar-, es brotar. En la «punta» de la lengua: algo germina sin florecer. Algo brota sin llegar a los labios de quien espía en el silencio. Es

el «botón» de la floración invisible de la lengua que se mantiene en pie en la boca más allá de la manducación, como excedente del aliento que utiliza la respiración con el fin de mantener la vida. Aristóteles decía: «El habla es un lujo sin el cual la vida es posible.» Un botón brota en la boca como brota en los árboles, o en las prendas de vestir, o en los rostros. Los adolescentes tienen razón al encontrar feos los «botones», los granos, que los desfiguran: están perdiendo la cara hasta el fin de los tiempos. Son las huellas de un futuro en las que la muerte viene a aportar el testimonio de que ella ha comenzado a germinar, y de que ha aparecido la tierra donde la sexualidad se vuelve tanática, es decir, genital, es decir, surgente antes de fallar en una apariencia de muerte. El rostro personal es más uno mismo que un nombre propio, aunque el rostro personal no mantenga ya la vida que el lenguaje venía a consolidar. La agonía es el botón que él echa contra la punta de su rostro. Los brotes de los árboles son botones de flores. Los botones de los abrigos son brotes de nácar.

*

Nos arrebujiábamos en nuestros abrigos en la estación de Lisieux, con todos los botones abrochados. Hacía seis grados bajo cero. En Hérouville estaban las bóvedas, la lluvia, los musgos, el silencio, el hielo. Me emocioné violentamente al descubrir Avranches. He copiado mucho a Huet. Era músico, filólogo, jansenista, erudito y cartesiano. Escribió dos libros magníficos: el *Traité sur l'origine des romans* y la larga, cruel, freudiana autobiografía que tuvo la voluntad de componer en latín para «privársela a la maledicencia y a la mirada de quienes no entienden nada». El 6 de mayo de 1680, habiendo llegado a ser obispo de Avranches, regresó a Caen. «Pasaba los veranos en

Aunay, los inviernos en París. Quiso volver a ver también la tierra de sus antepasados y fue a Dinamarca. Desde allí continuó hasta Noruega y Suecia. No dejó de acudir a reclinarse ante la tumba del Caballero Des Cartes.» En sus cartas describió aquellas «casas de madera cuyas techumbres son campos de hierba y de flores». En Caen llovía. «*Le nom sur le bout de la langue*», *El nombre en la punta de la lengua*, fue puesto en escena el 15 de abril en Lisieux, el 18 en Hérouville, el 20 en Avranches. En la cervecería Le Miroir había helado de café de postre. Michèle titubeó. Yo tomé la tarta del día.

El nombre en la punta de la lengua

¿Dónde está el infierno? ¿Dónde está la orilla oscura en el fondo de uno donde todo lo que alienta expira? ¿Dónde reside, pues, el infierno si está contenido en la manzana que una muchacha acaba de recoger y que ella ofrece? ¿Dónde está el lugar donde todo se condena? En la provincia de Normandía, la hierba brota permanentemente, el invierno es glacial, los caminos son angostos, llueve sin parar, el árbol es rey y abundan los manzanos.

El océano es allí el amo y el viento es su señor. Por eso los amos del océano eran los amos de esta tierra. Los amos del viento son los marineros. En Normandía, hasta el que labra la tierra con una laya es un marinero. Hasta el que confecciona la ropa es un marinero. Hasta el que prensa la sidra es un marinero. Hasta la península del Cotentin es una barca de marinero que se empuja al mar. Es un *drakkar* amarrado a la ribera blanca del océano.

El rey Luis el Tartamudo murió en el año 879, en el mes de abril. Después vino Carlomán. Ésa es la época en que transcurre esta historia, una época en la que ya nadie ni en el campo ni en los puertos sabía leer ni escribir. El año mil se acercaba. Entonces, en el ducado de Normandía, había quienes esperaban el fin de los tiempos y quienes no lo esperaban. Por un lado los cristianos, por el otro los daneses. Pero se confundían. No llegaban a distinguirse porque el final de los tiempos es cada minuto de cada día. Eso era antes de Guillaume.

Había una antigua aldea llamada Dives. Había en ella un joven sastre llamado Björn. Su nombre se pronunciaba como Jeûne, y se contaba que quería decir oso en la vieja lengua. Era guapo. Vestía un calzón bombacho tejido, su

camisa con mangas se ceñía a su talle por medio de un ancho cinturón historiado. Cortaba los vestidos de las mujeres, y todas las mujeres que iban a vestirse a su casa le encontraban bien parecido, y a todas les habría gustado mucho tenerle por esposo. Tejía también grandes tapices cuando se los encargaban. Cosía, en fin, las redes gracias a las cuales se pescaban los peces.

Era sagaz. Tenía respuesta para todo. Cosía tan bien que no era pobre. Vivía en una casa que daba a la orilla del río. En su casa dos espadas estaban siempre colgadas de la viga. Colbrune le amaba.

Colbrune vivía en la casa de enfrente. Ella bordaba para ganarse la vida. Amaba locamente a Jeûne. Mañana, tarde y noche le miraba a través de su ventana. Ella no dormía.

Una noche, mientras daba vueltas en su cama sin poder conciliar el sueño, se dijo:

«No encuentro el reposo. Pienso en él y me arden las entrañas. Las lágrimas se agolpan alrededor de mis párpados. Me estoy quedando flaca como una espina. Su nombre me acomete incesantemente.»

Al día siguiente, por la mañana, se vistió, anudó sobre la pechera su delantal cuajado de bordados en rojo y amarillo, cruzó la calle. Llamó en la madera de su ventana. Él alzó la vista con gesto de contrariedad porque ella le interrumpía en su trabajo. Ella le dijo que le amaba y que sería feliz si se convertía en su esposa. Añadió:

«Lo amo todo en ti. Amo hasta el sonido de tu voz. ¿Qué es para ti el sonido de tu voz? Nada. Para mí, es lo que me reaviva.»

Jeûne dejó su hilo. La miró. Le dijo que tenía que pensar en ello. Le dijo que su petición le honraba. Le dijo que siempre la había mirado con agrado cuando la veía bordar en su ventana. Le dijo que le dejase el crepúsculo, la noche y el alba para reflexionar.

Al día siguiente por la mañana, antes de dar las doce, Jeûne llamó a la puerta de Colbrune. Se había vestido con esmero. Llevaba puesta su camisa de mangas largas, su calzón bombacho, su cinturón historiado. Colbrune le dijo que entrase. Estaba completamente roja de excitación. Jeûne miró los bordados que estaba haciendo.

Después se volvió hacia ella y cogió sus dos manos entre las suyas. Dijo que tomaba en consideración el convertirse en su esposo, pero que ponía una condición para sus esponsales. Dijo:

«Se dice de ti, Colbrune, que eres la más hábil bordadora del pueblo de Dives. ¿Serías capaz de bordar un cinturón tan bello como éste? Personalmente yo no he llegado a conseguirlo.»

Y diciendo estas palabras, Jeûne desató el cinturón historiado que le ceñía el talle y lo depositó en las manos de Colbrune.

Colbrune tocó el cinturón ruborizándose porque aún estaba tibio del cuerpo de Jeûne el sastre. Respondió:

«Voy a intentado, Jeûne, pues es mi deseo convertirme en tu mujer. Espero darte satisfacción.»

Colbrune trabajó durante días. Veló noches enteras esforzándose por reproducir los motivos que adornaban el cinturón. Pero los dibujos eran tan enmarañados, los hilos

que los entrelazaban tan finos, los colores tan variados, que no lograba bordar nada que tuviera tal perfección.

Al cansancio de las sucesivas vigiliias se sumó la amenaza de no logrado nunca. A la tristeza de ser una pobre artesana se añadió la aflicción por ser rechazada por Jeûne, ya que iba a faltar a su promesa.

La desesperación se adueñó de ella. Las ganas de vivir la abandonaron. Ya no comía. Decía:

«Le amo. Sé bordar. Trabajo sin descanso, pero por más que hago no lo consigo.»

Se ponía de rodillas y rogaba a Dios llorando. Decía:

«Oh, tú, Señor del cielo y de la muerte, quienquiera que seas, ven en mi auxilio. ¿Qué no daría yo por ser la mujer de Jeûne el sastre?»

*

Una noche, mientras Colbrune estaba sollozando, escuchó que llamaban a su puerta. Cogió la candela con su mano.

Acercó su rostro a la vejiga de puerco engrasada que protegía la ventana del viento. Entrevió la silueta de un Señor.

Estaba vestido con un magnífico traje. Llevaba un jubón de oro, un tahalí de oro y una gran capa blanca. Continuaba golpeando en la puerta con el puño.

Colbrune entreabrió la puerta tímidamente. El Señor le dijo:

«No tema. Soy un señor que se ha extraviado en la noche. He seguido la bruma que cubría el río. He visto su luz encendida en la oscuridad. He querido que reposen los cascos de mi caballo. Lo he atado a su cerca. Me gustaría comer y también beber un poco, si no le es molestia.»

Colbrune le dijo que entrara. Puso una rama cortada en el hogar. Le ofreció su sidra fermentada. Contemplaba su jubón de oro. El Señor repitió:

«Tengo hambre.»

Colbrune le pidió que le perdonase por estar tan distraída, pero el cansancio de la noche pesaba en ella. Añadió:

«¿Quiere que le prepare unas gachas?»

El Señor respondió:

«Preferiría una manzana.»

Colbrune cogió la compotera y fue a buscar manzanas a la bodega. Le ofreció una manzana.

El Señor chascó la manzana.

Mientras comía la manzana, el Señor vio que Colbrune se enjugaba furtivamente las lágrimas. Él mismo se enjugó los labios. Dijo:

«Muchacha, lloras.»

Ella le replicó que había dicho la verdad. Añadió:

«Amo a Jeûne el sastre. Si trabajo hasta una hora tan avanzada es porque he prometido a Jeûne confeccionarle un cinturón historiado. Pero al cabo de cinco semanas de

esfuerzo día y noche no he sabido hacer nada que valga la pena. ¡Mire si no!»

Fue a buscar el cinturón bordado y le enseñó todos los intentos infructuosos que había efectuado con el propósito de reproducirlo.

El Señor sonrió y dijo:

«Espera. O el mundo es pequeño, o el azar es una cosa extraña. Creo que en el morral que llevo colgado en el ijar de mi caballo tengo un cinturón que se le asemeja singularmente.»

Cuando el Señor regresó, cuando compararon los dos cinturones, descubrieron que eran exactamente iguales. Ni un hilo que no fuese del mismo color. Ni un dibujo que no fuese idéntico.

Entonces Colbrune sollozó de repente. Dijo:

«Lloro porque soy pobre. Este cinturón vale al menos el valor de un caballo, o de siete vacas. O un broche de oro. Nunca se lo podré comprar. Nunca me casaré con Jeûne.»

El Señor le dijo que en el acto dejara de abandonarse a las lágrimas. Se acercó hasta quedar muy cerca de ella y le acarició los cabellos. Le dijo:

«Te doy este cinturón por nada, si tú lo quieres.

-¿A cambio de qué? -se revolvió Colbrune, arrancándose súbitamente de los brazos del Señor.

-A cambio de una simple promesa -dijo el Señor.

-¿Cuál? -preguntó Colbrune.

-Que no olvides mi nombre -dijo el Señor.

-¿Cómo se llama usted? -preguntó Colbrune.

-Me llamo Heidebic de Hel», respondió el Señor.

Colbrune no pudo contener la risa. Dio una palmada.

Dijo:

«¿Cómo olvidaría un nombre tan sencillo: Heidebic? Creo más bien que quiere burlarse de mí.»

El Señor dijo:

«No me burlo de ti, Colbrune. Pero no rías tan alto. Porque si dentro de un año, el mismo día, a esta misma hora, en mitad de la noche, has olvidado mi nombre, entonces serás mía.»

Colbrune se rió aún más.

«-¡Es fácil -dijo- retener un nombre!»

Se acercó y cogió el cinturón de las manos del Señor. El Señor se levantó de su banco. Colbrune volvió a tomar la palabra:

«Pero no deseo engañaros, Señor. Sólo amo a Jeûne el sastre. Le he dado mi palabra y debo casarme con él tan pronto como le entregue el cinturón.»

El Señor dijo:

«Ya me has dicho qué compromiso habías adquirido con tu sastre. Pero no olvides el compromiso que has contraído conmigo. No olvides mi nombre. Si la memoria te traiciona, ¡ay de tu sastre! Estarás obligada a seguirme.»

Colbrune dijo:

«Usted es quien se repite. No soy idiota. Retener el nombre de Heidebic de Hel no es una tarea más difícil que retener el nombre de Colbrune, y no veo que nunca haya tenido mucha dificultad para acordarme de mi nombre. Ha sido usted bueno, Señor. Pero, dentro de un año, me temo que no estreche en sus brazos sino viento y pesar.

-Acaso sea así -dijo el Señor del Hel con una extraña sonrisa-. Pero si yo estuviera en tu lugar, disfrutaría cuanto pudiera del cuerpo de Jeûne y lo estrecharía muy fuerte entre mis brazos.»

Mientras pronunciaba estas palabras, se había puesto de nuevo su capa que era blanquísima. Franqueó el umbral de la puerta, fue hasta la cerca, montó en su caballo y partió en la oscuridad. El Señor y su caballo se enterraron en seguida en la blanca bruma que cubría el río.

*

Jeûne se despertó súbitamente. Echó un vistazo a la ventana: apenas despuntaba el alba y ya alguien llamaba a su puerta. Saltó de su cama. Se dijo:

«Espero que sea Colbrune. Pienso que ha acabado el cinturón.»

Fue a abrir. Inclínados sobre la mesa, miraron los dos cinturones. Comparaban. Reían. Jeûne decía a Colbrune:

«Tienes manos de hada.»

Colbrune enrojecía. Ella se pavoneaba.

Los dos cinturones expuestos ante ellos eran tan semejantes que ni uno ni otra sabían ya cuál era el que Jeûne le había confiado.

Colbrune dijo de pronto:

«Entonces, mañana mismo vamos a poder publicar nuestras amonestaciones.»

Jeûne le respondió que no había por qué esperar hasta el día siguiente, que las publicarían ese mismo día. Añadió:

«Estoy orgulloso de casarme con una artesana que ha logrado ejecutar lo que yo no he sido capaz de llevar a cabo.»

Le tomó las manos. Atrajo su cuerpo hacia él. Se abrazaron.

Se casaron. La dotación de Jeûne era: una casa de madera a la orilla del Dives, diez paños de tela, un martillo y dos espadas. La dote de Colbrune era: una mesa de madera, una silla, un encendedor para yesca y una candela, una roldana, una rueca, una manzana y un bastidor de bordar. Delante de todos, Jeûne ofreció a Colbrune su cinturón historiado y se lo anudó. Delante de todos, Colbrune entregó a Jeûne su cinturón historiado, y fue él mismo quien se lo anudó sobre su vientre. Ambos, ceñidos con su cinturón historiado, bebieron cada uno un tazón de hierbas y un tazón de sidra ante toda la aldea de Dives, y así las ceremonias de los esponsales de Jeûne y de Colbrune hubieron concluido con la aprobación de todos.

El herrero presidió el casamiento, rodeado del lancharo, del peletero, del pescador y de los fabricantes de armazones y de panes.

Colbrune montó en una vaca y se dirigió a la casa de Jeüne. Jeüne le dio las llaves a su esposa.

Ella removió con la paleta las cenizas del hogar. Se bañó, recogió sus cabellos y se los anudó sobre la nuca con la cinta, cogió el martillo en la mano derecha, se estiró sobre el lecho, abrió sus piernas y le recibió. Fueron felices el uno con el otro. Pasaron nueve meses.

A finales del noveno mes, un día en que Colbrune estaba bordando la silueta de un corcel negro en su bastidor, su rostro se descompuso de repente.

Colbrune se acordó del Señor que había venido a visitarla una noche en que ella lloraba, cuando había dejado su luz encendida en la oscuridad, la víspera del día en que se había casado con Jeüne. Se acordó de la promesa que había hecho. Estaba a punto de acordarse del nombre del Señor cuando de repente aquel nombre huyó de su mente.

El nombre estaba en la punta de la lengua, pero no alcanzaba a recobrarlo. El nombre flotaba en torno a sus labios, estaba muy cerca de ella, lo sentía, pero no llegaba a pillarlo, a devolverlo a su boca, a pronunciarlo.

Estaba trastornada. Se levantó.

Por más que buscaba en su memoria, no se acordaba del nombre del misterioso Señor. Sus ojos se llenaron de espanto.

Dio vueltas por la habitación.

Por más que rehacía los gestos que había hecho aquella noche, por más que iba a buscar manzanas a la bodega con la compotera de loza, por más que volvía a

poner los pies sobre sus pasos, por más que pensaba en la capa blanca, en el caballo negro y en el tahalí de oro, por más que repetía en voz alta las frases que ella había dicho aquella noche, se acordaba de los gestos, de la manzana que crujía bajo los dientes del Señor, de su jubón, de las palabras, de las frases, pero no se acordaba del nombre.

*

Perdió el sueño.

La tristeza invadió la alcoba. Durante la noche tenía miedo, rechazaba a su marido, daba vueltas en su cama buscando el nombre que había perdido.

Su marido se quedó asombrado.

La tristeza, después de haber invadido la alcoba, llegó a la cocina. Colbrune dejaba que se quemaran los platos. Cuando los platos no estaban quemados, se olvidaba de poner la mesa. No removía ya las cenizas del hogar con la paleta, y la chimenea estaba sucia y humeaba. Incluso llegó a olvidarse de hacer la comida -tan ocupada estaba en buscar con horror el nombre que había perdido.

Su marido se enojó.

Ella adelgazaba. Tenía de nuevo el aspecto de una espina. La tristeza, después de haber invadido la alcoba y la cocina, llegó al huerto. Ya no se ocupaba de las lechugas que se subían. No arrancaba las zanahorias de la tierra. Los conejos esperaban las matas de hortalizas con inquietud. Como el huerto había dejado de dar manzanas y peras, los pájaros desertaron de él. Todo se tornó silencioso.

Entonces Colbrune vagaba bajo las ramas de los árboles, sin levantar la cabeza, encorvada, sin ver nada, buscando el nombre que había perdido.

Su marido la abofeteó de improviso.

Colbrune volvió hacia Jeûne su cabeza bañada en lágrimas. Él le cogió las manos y le preguntó con un aspecto disgustado la razón de semejante cambio en su conducta. ¿Por qué la tristeza se había abatido sobre ellos?

¿Por qué no comía? ¿Por qué repelía sus brazos cuando estaban acostados uno junto a otro y por qué lloraba durante toda la noche en lo más hondo de su pecho? ¿Por qué el huerto se había quedado en silencio? ¿Por qué el hogar se había enfriado? ¿Por qué vagaba cabizbaja por la casa, como una loca por el jardín, moviendo los labios como si intentase decir algo y no se decidiese a decirlo?

Colbrune no pudo responder nada. Le dolía la mejilla de lo fuerte que había sido la bofetada.

Sus sollozos se redoblaron. Hundió la cabeza entre los brazos de su esposo, lloriqueando. No paraba de hipar y de llorar. Jeûne acarició los cabellos de su esposa. Le dijo:

«Lloras demasiado. Lloras tanto que te llamaré Dives. Te llamaré como el río que cruza nuestro pueblo, cuya agua hace nuestros frutos, donde nuestros caballos abreven, donde nuestras vacas beben, donde nuestra ropa se pone a remojo, que hace nuestra sopa, que limpia nuestros rostros y nuestras manos y donde todo el año los peces abren la boca sin fin como tú haces durante todo el día.»

Súbitamente ella dio cuatro pasos atrás. El rostro de Colbrune estaba muy pálido. Sus lágrimas habían cesado. Desató su cinturón, se lo tendió.

Estaba erguida ante él, con ademán resuelto. Colbrune dijo:

«Te he engañado. Estoy avergonzada. Este cinturón no es el mío. No llegué a bordarlo. He usado un subterfugio. Una noche, en medio de la oscuridad, mientras lloraba por no poder hacerlo, había dejado mi candela encendida. Un Señor llamó a mi puerta. Había atado su caballo a la valla. Llevaba una gran capa blanca. Me dio este cinturón y yo le di mi palabra de ser suya si olvidaba su nombre, después de que hubiera pasado un año. Han pasado más de nueve meses. ¿Qué es un nombre? ¿Hay algo más fácil de retener que un nombre? La palabra cinturón, ¿cómo olvidarla? La palabra amor, ¿cómo no retenerla? Tu nombre, moriré con él en los labios. Pero ese nombre se me ha escapado.»

El sastre se acercó, cogió el cinturón, estrechó a su esposa entre sus brazos.

«No llores -le dijo- Te amo. O bien encontraré ese nombre. O bien encontraré a ese Señor.»

*

Al día siguiente, antes del alba, Jeûne se levantó. Se vistió. Preguntó a Colbrune por dónde había partido el Señor cuando la había dejado. Ella dijo:

«Por allí.»

Él se fue por ahí. Siguió el cauce del río. Penetró en el bosque. Habló con los leñadores. Hurgó en los montecillos. Trepó a los peñascos.

Al cabo de dos días de camino, se sentó en una raíz porque el cansancio se había apoderado de él. Se puso a llorar. Estaba ya en la mitad del décimo mes. De pronto vio, delante de él, a un gazapo que levantaba el hocico. El conejito dijo:

«¿Por qué lloras?»

-Busco al Señor que tiene una capa blanca.

El gazapo dijo:

«¡Sígueme!»

Jeûne se levantó y le siguió.

El gazapo le condujo hasta su madriguera, disimulada bajo el musgo. Jeûne se puso en cucullas. Se puso a cuatro patas. Entró. Descendió bajo la tierra. Llegó al otro mundo. Vio un gran castillo blanco que brillaba en la oscuridad. El puente levadizo estaba bajado. Franqueó el puente levadizo.

En el patio, unos palafreneros cepillaban los caballos.

En medio del patio cuadrado, unos servidores lustraban una gran carroza de oro. Otros limpiaban las portezuelas.

Jeûne se acercó a los servidores. Les dijo en tono respetuoso:

«¿Puedo preguntaros por qué le sacáis brillo a esa carroza?»

-Nuestro amo se prepara para ascender pronto a la tierra e ir a buscar a una joven bordadora a la que desea hacer su esposa -dijeron los servidores.

-Verdaderamente la carroza que estáis lustrando es magnífica -dijo Jeûne-. Decidme, en verdad, ¿cómo sería posible que el Señor que posee una carroza tan magnífica no poseyera un nombre magnífico?

-Eso es verdad -dijeron-. Es la carroza de Heidebic de Hel.»

Jeûne se estremeció.

«Decidle a Heidebic de Hel que Jeûne el sastre le saluda.»

Saludó uno a uno a los servidores y a los palafreneros que rodeaban la carroza. Los palafreneros y los servidores, cada uno a su vez, le devolvieron su saludo.

Dejó el castillo. Volvió a subir del Hel. Hay que decir que Hel es el nombre del infierno para los antiguos habitantes de Normandía.

Hay que decir que infierno es el nombre del mundo para todos los habitantes del mundo.

Salió de la madriguera. De vuelta al aire libre, corrió hasta la aldea de Dives. Repetía el nombre de Heidebic de Hel. Lo conservaba muy bien en mente mientras lo repetía. Se dedicaba a volver a decirlo.

Llegado al río, vio el reflejo de su casa en el agua. Se detuvo. Le pareció hermosa aquella imagen que flotaba en el Dives. Posó la mano en el parapeto. Contempló el reflejo

de su casa que brillaba en la superficie del agua. De pronto, tuvo hambre.

Al enderezarse, intentó recitar el nombre: estaba allí, muy cerca de él, estaba en la punta de su lengua. Flotaba alrededor de su boca como una bruma. Tan pronto se acercaba como se alejaba del borde de sus labios. Pero cuando tuvo que decírselo a su mujer, el nombre no compareció.

*

Estuvo dos días de reposo. Por la noche Colbrune temblaba entre los brazos de Jeûne de tanto que temía ser separada de él.

Llegó el undécimo mes. Él partió, siguió el río, entró en el bosque. Aunque buscó bajo los musgos, no encontró la madriguera. Preguntaba a los animales dónde estaba el mundo bajo la tierra, y los animales permanecían en silencio o huían de él. Se adentró muchísimo en el bosque.

De repente llegó al extremo del bosque ante el océano.

Estaba cansado. Se sentó en la punta de una roca que se adentraba en el agua y que batían las olas. Lloró.

Una lenguadina apareció en la superficie del mar. Le dijo:

«¿Por qué lloras?»

Jeûne miró a la lenguadina entre las pequeñas olas blancas y le dijo:

«Busco al Señor que tiene una capa blanca y un tahalí de oro.»

La lenguadina dijo mientras se zambullía en el mar:

«Sígueme.»

Él se zambulló en el océano. Tocó el fondo del mar. Detrás del muro de algas vio un gran castillo blanco que brillaba en la oscuridad. El puente levadizo estaba bajado. Lo franqueó.

En el patio, los soldados estaban ensillando unos corceles negros.

En medio del patio cuadrado del castillo, unos servidores estaban poniendo cojines rojos dentro de la carroza. Unos cocineros trajeron aguamaniles y bandejas con tapaderas de plata que olían muy bien y que colocaban con esmero en compartimentos que se encontraban en la parte interior de las portezuelas.

Jeûne se acercó a los cocineros y les dijo con respeto:

«¿Puedo preguntaros por qué guardáis esos alimentos en las portezuelas?

-Nuestro amo se prepara para ir a buscar a una joven bordadora a la tierra, y hay que darle una pequeña colación durante el viaje.

-Verdaderamente esos olores son extraordinarios -dijo Jeûne -. Decidme, en verdad, ¿cómo sería posible que quien ha mandado preparar una comida tan extraordinaria no lleve él mismo un nombre extraordinario?

-Eso es verdad -dijeron-. Es la que toma todos los días Heidebic de Hel.»

Jeûne se relamió los labios.

«Decidle a Heidebic de Hel que Jeûne el sastre le saluda.»

Saludó uno a uno a los cocineros que rodeaban la carroza. Los cocineros y los lacayos, cada uno a su vez, le devolvieron su saludo.

Ascendió del castillo del mar. Rompió la superficie del mar. Se sacudió el agua en la orilla. Cruzó la playa. Penetró en el bosque. Corría, repetía el nombre de Heidebic de Hel. Lo conservaba muy bien en mente mientras lo repetía. Se dedicaba a volver a decirlo.

Cruzó el bosque. Salió del bosque y se internó en el valle. Siguió el río. Pasó el puente. Desde el puente vio a su mujer que corría hacia él llamándole. Hacía un día tan agradable.

Era el crepúsculo. Su mujer gritaba su nombre. Detrás de su mujer el sol se ponía. Vio también su sombra inmensa que corría delante de ella, que el astro poniente proyectaba sobre las traviesas de madera del puente. Tenía hambre, estaba cansado. Se quedó inmóvil ante aquella sombra inmensa que venía hacia él.

Cuando estrechó a su mujer entre sus brazos y ella le preguntó si había encontrado el nombre y le pidió que tuviera a bien confiárselo, no lo encontró en seguida: no es que el nombre estuviera lejos, estaba allí, muy cerca de él, estaba en la punta de su lengua. Flotaba alrededor de su boca como una sombra. Tan pronto se acercaba como se alejaba del borde de sus labios. Pero cuando tuvo que decírselo a su mujer, el nombre no compareció.

*

Estuvo dos días de reposo. Colbrune no se acostaba ni siquiera por la noche. Andaba errante por la casa. Intentaba recobrar el nombre. Estaba aterrorizada. Llegó el duodécimo mes. Él dejó la casa. Siguió el río. Franqueó el puente. Entró en el bosque y no encontró al gazapo. Salió del bosque y llegó a la orilla del mar. Avanzó hasta la punta de la roca. Ningún pez le habló. A lo lejos vio la península y la montaña.

Se fue hasta la montaña. Subió durante días y días.

Llegado a la mitad de la ascensión, la ladera era tan escarpada que no pudo seguir escalando más arriba. Jeûne se miró los dedos: tenían sangre. ¿Cómo podrían coser a partir de ahora sus dedos tan finos de sastre? ¿Podrían enhebrar siquiera la aguja? Estaban completamente aplastados por las rocas y sangraban. Lloró.

Un cernícalo se posó junto a él.

El cernícalo replegó lentamente sus inmensas alas y le dijo:

«¿Por qué lloras, colgado en mitad de la roca?»

Jeûne le dijo:

«Buscaba al Señor que tiene una capa blanca, un tahalí de oro y un gran corcel negro. Pero no puedo ya subir más arriba.»

El cernícalo dijo:

«Sígueme.

-No sé volar -le dijo el sastre.

-No se trata de volar -le dijo el cernícalo--. ¡Se trata de no caer!

-No servirá de nada -dijo Jeûne-. De todos modos no retendré ese nombre que mi mujer requiere. Voy a descender.

-Sígueme. No es lejos -le replicó el cernícalo-. Te voy a mostrar la falla de la montaña.»

En efecto, no era lejos. El cernícalo revoloteaba. Jeûne le siguió aferrándose a las rocas. Desplegando su ala, le mostró la falla de la montaña.

Él descendió dentro de la montaña. Esto duró días. En el fondo de la sima vio un gran castillo blanco que brillaba a lo lejos en el abismo. Se abalanzó. Cayó de rodillas. Franqueó el puente levadizo que estaba bajado frotándose las rodillas.

En el patio, los caballeros estaban subiendo a sus sillas.

En medio del patio cuadrado del castillo, cuatro soldados se subieron al techo de la carroza de oro y blandieron sus armas.

Jeûne se acercó a los soldados y les dijo con respeto:

«¿Puedo preguntaros por qué os subís en esa carroza vacía haciendo brillar vuestras armas?

-Nuestro amo va a llegar de un momento a otro para ir a buscar a la tierra a una joven bordadora, y tenemos que protegerle.

-Verdaderamente esas armas tienen un destello que no puede compararse con nada -dijo Jeûne -. Decidme, en

verdad, ¿cómo sería posible que quien posee unas armas tan resplandecientes no tenga asimismo un nombre resplandeciente?

-Eso es verdad -dijeron-. Todas pertenecen a Heidebic de Hel. Pero ahora despejad el camino, pues estamos a punto de partir.»

Jeûne comenzó a correr, gritando hacia atrás:

«Decidle a Heidebic de Hel que Jeûne el sastre le saluda.»

Corría. Se alzaba sobre las rocas como un gamo. Volvió a subir del Hel. Se puso a correr. Repetía el nombre de Heidebic de Hel. Lo conservaba muy bien en mente mientras lo repetía. Se dedicaba a volver a decirlo.

*

En Dives, Colbrune esperaba a Jeûne. Estaba flaca. Buscaba el nombre olvidado. Temblaba. Sólo faltaban tres días para el día fatídico y Jeûne todavía no había regresado. Buscaba en el fondo de sí misma, pero no encontraba el nombre que buscaba. Sudaba sangre de tanto como temía ser separada de Jeûne. Se subió a un taburete. Agarró una de las espadas de Jeûne que estaban colgadas de la viga. Sacó punta a la espada para morir. No quería que el Señor la tomase por mujer. Sólo quería haber pertenecido a Jeûne.

*

Él repetía el nombre. Era el vigésimo noveno día del duodécimo mes. Descendió de la montaña saltando de roca en roca. Volvió al arenal. Corría. Siguió la playa hasta el bosque. Era el trigésimo día del duodécimo mes. Penetró

en el bosque y lo cruzó. Era el trigésimo primer día del duodécimo mes. La noche había caído. Eran las once de la noche. Corría. Pasó el puente. No había reflejo que el agua del río pudiera reproducir ni había sombras que no se fundieran en seguida en la noche.

Empujó la puerta y no miró a su mujer que sudaba sangre sumida en el horror. Ella tenía la espada en la mano. Le daba la espalda. Estaba sentada frente al hogar. La punta de la espada descansaba en el suelo.

Él gritó:

«¡Heidebic de Hel! ¡Ése es el nombre del Señor!»

Se derrumbó en el suelo. Colbrune se dio vuelta. Cuando Colbrune se levantó, la primera campanada de medianoche sonó, el viento de repente comenzó a soplar, la puerta se abrió, el Señor del Hel apareció en el marco de la puerta. Vestía un magnífico traje bajo su gran capa blanca; un tahalí de oro le ceñía la cintura. Detrás de él se veía la carroza de oro que brillaba sobre el fondo de la noche.

El Señor se acercó riendo. Quiso tomar a Colbrune de la mano. Ella retiró su mano, hizo una reverencia y dijo:

«¿Por qué quieres tomarme de la mano, Señor?»

-¿Te acuerdas de mi nombre, Colbrune?»

-Desde luego que me acuerdo del nombre que lleva. ¿Conoce a muchas mujeres que se olviden del nombre de su bienhechor?»

-¿Cuál es mi nombre? -preguntó el Señor.

-Espere solamente a que mi lengua lo traiga. Espere solamente a que mis labios lo pronuncien.

-¿Cuál es mi nombre?», gritó el Señor.

Colbrune dijo suavemente, sonriendo:

«Heidebic de Hel es su nombre, Señor.»

Entonces el Señor dio un grito. Todo se tornó oscuro. Todo se apagó como esta candela que apago al hablar.

Todo los que hablan apagan la luz.

Sólo se oyó el ruido de un galope en la noche.

*

Cuando Colbrune tuvo el valor de abrir de nuevo los ojos, la carroza ya no estaba allí.

Colbrune estaba inclinada sobre el cuerpo desvanecido de Jeûne y le besaba los labios.

La noche era tan negra, igual que lo ha seguido siendo en nuestros días, que Colbrune tuvo que frotar la piedra del encendedor para prender una candela junto al rostro del hombre sobre el que inclinaba sus cabellos y su cabeza, y a quien ofrecía sus labios, y que respiraba suavemente.

*

Jeûne estaba delgada. Su vientre gruñía de hambre. Colbrune hincó una rodilla en tierra, sujetando la candela con la mano.

«Oramus ergo te, Domine: ut cereus iste in honorem tuis Nominis consecratus, ad noctis hujus caliginem destruendam, indeficiens perseveret.» (Te rogamos, Señor,

que este cirio, consagrado en memoria de tu Nombre, arda sin apagarse, para disipar la oscuridad de esta noche.)

Jeûne volvió en sí. Estaba débil. Su cara estaba pálida. Colbrune le cogió de la mano y tiró de él para que se incorporase. Ambos se vieron de rodillas ante la candela encendida.

Rezaron esta oración:

-Oramus ergo te, Domine: ut cereus iste in honorem tuis Nominis consecratus, ad noctis hujus caliginem destruendam, indeficiens perseveret. (Te rogamos, Señor, que este cirio, consagrado en memoria de tu nombre, arda sin apagarse, para disipar la oscuridad de esta noche.)

Durante un minuto temblaron y después fueron felices toda una vida. Sus hijos y los hijos de sus hijos se multiplicaron y finalmente murieron dejando una mesa; una candela; un hilo; una roldana para sacar este hilo de la lana de los animales; una rueca para rebobinarlo; y mi voz para decirlos.

Pequeño tratado sobre Medusa

Dejamos el Eure y la orilla del Avre. Yo tenía dos años. Nos trasladamos a Normandía, a L´Havre. El puerto y la ciudad comenzaban a reconstruirse. Nuestras habitaciones daban a unas ruinas sin fin en cuyo extremo se percibía el mar.

Mi madre se sentaba siempre en una punta de la mesa del comedor, de espaldas a la puerta de la cocina. Bruscamente, mi madre nos mandaba callar. Su rostro se alzaba. Su mirada se alejaba de nosotros, se perdía en el vacío. Su mano se extendía por encima de nosotros en medio del silencio. Mamá buscaba una palabra. De repente todo se detenía. De repente nada más existía.

Extraviada, lejana, intentaba, fijo el ojo en nada, centelleante, hacer que le viniera en el silencio la palabra que tenía en la punta de la lengua. Nosotros mismos estábamos en el borde de sus labios. Estábamos al acecho, como ella. La ayudábamos con nuestro silencio - con toda la fuerza de nuestro silencio. Sabíamos que iba a hacer que regresara la palabra perdida, la palabra que la desesperaba. Llamaba desde lejos, alucinada, su masa vacilante en el aire.

Y su rostro se serenaba. La recuperaba: la pronunciaba como una maravilla. Era una maravilla. Toda palabra recuperada es una maravilla.

*

Del mismo modo que quien cae bajo la mirada de Medusa se convierte en piedra, aquella que cae bajo la mirada de la palabra que le falta tiene el aspecto de una estatua.

Del mismo modo que Orfeo -que se vuelve de repente para verificar, para asegurarse de que su amor está allí, de que efectivamente está tras él ascendiendo del infierno- petrifica el renacimiento de una emoción en la forma engañosa de un recuerdo, la contención en que sumerge la busca de nombre inmoviliza el regreso que ella pretende. Obstaculiza lo que ella espera.

Esta experiencia de la palabra que se sabe y de la que se está privado es una experiencia en donde arremete el olvido de la humanidad que hay en nosotros. En donde el carácter fortuito de nuestros pensamientos, en donde la naturaleza frágil de nuestra identidad, en donde la materia involuntaria de nuestra memoria y su enjundia exclusivamente lingüística se tocan con el dedo. Es la experiencia en donde nuestros límites y nuestra muerte se confunden por primera vez. Es el desamparo ante lo que es adquirido. El nombre en la punta de la lengua nos recuerda que el lenguaje no es en nosotros un acto reflejo. Que no somos bestias que hablan igual que ven.

*

Que una palabra pueda perderse quiere decir: la lengua no es nosotros mismos. Que en nosotros la lengua es adquirida quiere decir: podemos conocer su abandono. Que podamos estar expuestos a su abandono quiere decir que el todo del lenguaje puede refluir en la punta de la lengua. Quiere decir que podemos regresar al establo o a la jungla o a la preinfancia o a la muerte.

*

Vistos desde un avión, los campos de cereales dejan aflorar a veces la sombra húmeda de ruinas del pasado

que nadie desenterrará porque ninguna apropiación puede intentarse en tierras tan vastas y tan ricas. ¿Son *villae* romanas? ¿Son antiguos santuarios neolíticos? ¿Son campamentos celtas o descubren una vieja fábrica del siglo XIX que ha sido derruida recientemente? Son esas sombras dentro de nosotros que surgen en relieve, sin realidad, sin capacidad para despertarlas desde la distancia que proporciona la falla de una palabra. Es una sombra que se da prisa y que es incesantemente agarrada de nuevo en el abismo en el interior del cuerpo. En el abismo de la garganta. O incluso un vapor que huye al exterior de uno mismo, ligera masa de una palabra que se ha dejado escapar en el aire en torno y que se ha desmigajado en él.

*

De repente soy un relicario del que se evade la reliquia, la cual parece consentir en regresar y huye.

Tengo memoria de aquello de lo que no me acuerdo.

De mi madre, si hay un recuerdo que me mantiene unido a ella, como la mano al brazo, es esa escena.

Esta es la escena que me la restituye por completo. Ella es entonces yo como al menos la lengua en mi boca. Ella es esa mirada perdida en donde nosotros no importábamos.

*

He perdido dos veces el lenguaje. A los dieciocho meses me callé. Comía a oscuras en una mesa azul de rejilla de la que me acuerdo mejor que de mí mismo. Se plegaba. Era mi mesa de silencio.

Por eso nunca he podido escribir sobre una mesa o un escritorio y nunca los poseeré.

Nunca me ha parecido que la violencia conociera una noción como la del ahorro. Yo era aquel niño a quien apasionó el silencio. Era aquel niño que apostaba la totalidad de su vida en el esfuerzo de mi madre por recuperar un nombre del que tenía memoria mientras estaba privada de él. Me identificaba por completo con el movimiento de pensar de mi madre recorriendo con desamparo los canales y los caminos donde una palabra se había despistado. Más tarde me identifiqué con el padre de mi madre. Al hacerlo, lo único que hacía era justificar una identificación programada por mi madre desde antes de mi llegada al mundo, ya que los dos nombrecitos asociados a mi nombre propio eran sus nombres: Charles, Edmont. De niño me pareció que había que adquirir la sabiduría filológica, gramatical y romana de mi abuelo para llegar a ser el poeta que mi bisabuelo habría querido ser. Ambos habían enseñado en la Sorbona. Ambos habían coleccionado libros. Así es cómo habré absurdamente intentado desandar el tiempo. Eso es lo que me ha llevado hasta las orillas de Roma, lo que me ha llevado hasta las ruinas de Ur, llevado, en fin, hasta las más antiguas grutas de paredes silenciosas y cubiertas de inscripciones. Nuestras vidas son súbditas de extrañas tiranías que son errores. Es curioso observar que libros que he escrito han conocido el éxito desenterrando viejos fantasmas muertos desconocidos que llevaban consigo más porvenir que los vivos. Los libros son esas sombras de los campos. Yo era aquel niño precipitado en la forma de ese intercambio silencioso con el lenguaje que falta. Fui ese acecho silencioso. Me convertí en ese silencio, en ese niño

«retenido», castigado sin salir, en la palabra ausente en forma de silencio. Esta depresión de niño tuvo lugar después de que nos mudásemos a L`Havre, porque me separaba de una muchacha alemana que me cuidaba mientras mi madre estaba en cama y enferma, a la que yo llamaba Mutti. Me convertí en místico. Llegué a sepultarme en ese nombre, más querido aún que el de mi madre, y que por desgracia era una conminación. Aquél no era un nombre en la punta de mi lengua, sino en la punta de mi cuerpo, y el silencio de mi cuerpo era lo único capaz de hacer presente, en acto, su calor. No escribo por deseo, por costumbre, por voluntad, por oficio. He escrito para sobrevivir. He escrito porque era la única manera de hablar callándose. Hablar místico, hablar mudo, acechar la palabra que falta, leer, escribir, es lo mismo. Porque el desposeimiento fue el abra. Porque era la única manera de permanecer al abrigo en ese nombre sin exiliarme por completo del lenguaje como los locos, como las piedras, que son desgraciadas como ellas solas, como las bestias, como los muertos.

Me vi de nuevo obligado a callarme cuando tuve la edad de dieciséis años. Me callo el porqué. Este cuento que titulo *El nombre en la punta de la lengua* es mi secreto.

PRIMERA PARTE

La falla que quiero indicar es una experiencia común a todos. Su particularidad obedece a que, mientras era indecible, mientras era la experiencia concreta de lo

indecible en nosotros, mientras era la dificultad de afirmar la adquisición del lenguaje y la muerte como destinos, ella no es nunca baldía. Sucede que la dificultad que presenta la función de la memoria no es la del almacenamiento de lo que se ha llegado a imprimir en la materia del cuerpo. Es la de la elección, el muestreo, el recuerdo y el regreso de un único elemento en el seno de lo que se ha almacenado en bloque. El olvido no es la amnesia. El olvido es un rechazo del regreso del bloque del pasado al alma. El olvido no se confronta nunca con la borradura de algo desmenuzable: afronta el enterramiento de lo que es insoportable. Retener es la operación consistente en organizar el olvido de todo ese «resto» que debe ser eliminado para preservar aquello cuyo regreso se desea. Y así el regreso da acomodo a la penuria y el desposeimiento. La memoria es en primer lugar una selección dentro de lo que está por olvidar, más tarde solamente una retención de lo que se está resuelto a dejar fuera de la empresa del olvido que la funda. Aprender de memoria era eso. Por eso es por lo que el niño estira su mano sobre la página: para cegar lo que debe regresar. El olvido es el acto agresivo y primordial que borra y clasifica, desentierra y entierra -y casa para siempre- lo olvidado y lo retenido.

En esta medida las palabras que no quieren regresar a nuestros labios ejercen sobre nosotros un poder no proporcionado a su carencia. Hacen anticipar un saber, en su desviación, que remite al fastidio. Veneran una emoción o un miedo que no podemos dominar porque las palabras se nos escapan con el propósito de que éstos se nos escapen, y con el propósito de que éstos se nos escapen en tanto en cuanto fueron vividos antes que el lenguaje en nosotros, es decir, antes de su incrustación y de la única

cuerda de seguridad posible, que nunca es sino una cuerda de lengua. Es el desamparo de lo que está faltando de ser, de lo que ha nacido, que se disimula detrás del desamparo de la palabra adquirida que no comparece.

El olvido es inicial. Es la amnesia propia de la infancia. Para redoblar la dificultad de esta deserción, esta amnesia inicial es ella misma doble. Dos amnesias andan errantes en nosotros: el origen y la infancia. La amnesia es nuestro origen en lo que concierne a nuestra concepción en el *coire** de los dos cuerpos que nos hicieron consistiendo en no saber la consecuencia de lo que estaban haciendo mientras hacían algo muy diferente. Ella es nuestra infancia en lo que concierne al retraso de su funcionamiento antes incluso del acceso al lenguaje nacional o cultural. Sucede así que en los hombres la madurez de las estructuras límbicas del cerebro no se alcanza hasta la edad de cuatro o cinco años. Los primeros recuerdos emergen por lo general hacia la edad de tres o cuatro años. Despuntan, después se sacuden el agua al pisar la orilla del lenguaje. Hasta ese momento uno vive, no se mira vivir, porque uno no puede mirarse vivir. Esta fusión es biológica. La cabeza aprende poco a poco el olvido del olvido. Aprender de memoria el olvido del olvido quiere decir memorizar poco a poco objetos en lugar de vínculos.

Por eso hay que hablar al menos de tres memorias: la memoria de lo que nunca ha sido (la fantasía); la memoria de lo que ha sido (la verdad); la memoria de lo que no se ha podido admitir (la realidad). Un recuerdo es cada vez algo distinto de una huella mnésica inerte devuelta a la luz tras la mirada de una cabeza que se gira atrás hacia el infierno. Para que esa traza regrese es necesario que la alucinación que niega la pérdida haya sufrido una carencia

tan terrible, una separación tan dolorosa, un hambre tan intolerable, que llegue a ver la cosa que no está y vuelva a trazarla. Que vea el sucedáneo. Eso se llama soñar.

* Pensamos que el término «coire», utilizado por Quignard, es el infinitivo del verbo latino *coeo, is, ire, ii, itum*: juntarse, reunirse, formar un todo, cuyo participio es *coitum*, de donde «coito». [N de T.]

Todo sueño es un pecho materno que hacemos venir cuando nos falta su leche. Todo sueño es propiamente esta penuria. Es una mamada de lo irreal. Es el extraño lecho de la memoria del triple pasado: que no haya sido nunca, que haya sido, que se haya rechazado.

Por eso, siempre, toda habla es incompleta. Toda habla es incompleta dos veces, incluso en la hipótesis de que la memoria fuera una acción completamente voluntaria. Una vez, porque ella no ha existido siempre (porque el lenguaje es adquirido). Una segunda vez, porque al signo le falta la cosa (porque ella es lenguaje). Cualquier nombre carece de su cosa. Algo le falta al lenguaje. Por eso es preciso que lo que le está excluido penetre en el habla y que ésta sufra por ello. Es esa palabra.

Cualquier habla intenta juntarse con algo que se escapa. Todo nombre abre la nostalgia que se mantiene detrás de la nostalgia, entre el infierno de la huella y el sucedáneo de la alucinación. Este no retorno de la palabra, esta nostalgia, este sufrimiento del no retorno, es el lenguaje. El habla ofrece el deseo a la memoria que lo dirige hacia el sueño, y se consagra sobre todo -y ahí construye su identidad- no en la afluencia incesante del retorno, sino en la elección del olvido.

El nombre en la punta de la lengua es la nostalgia de lo que ella no abraza. Esta nostalgia es primordial porque esa falta del lenguaje en los hombres es primordial. Precede al objeto perdido, precede al mundo. Esta nostalgia inventa, con sus palabras siempre retrasadas, la quimera de fusión o la imagen de continuo que la habrían precedido y a partir de las cuales los objetos pueden tomar su relieve, de modo que la forma global del cuerpo distinto, del cual se procede, venga a fascinar. La noche está en el origen de las palabras: el sueño que alucina cosas que no son las hace nacer. Así la noche aterradora, la noche inabordable que está en su origen, es también su destino. Incluso el deseo que cree desear un cuerpo visible está encomendado a esta noche. Es su falta lo que él desea en los cuerpos que abraza. Esta noche es la que fija la mirada de quien tiene un nombre que está en la punta de la lengua. Él acecha su sueño. Sueña una saciedad que también es irreal. Nunca está el lenguaje más cerca de su verdad que cuando sueña una alucinación. Las novelas son más verdaderas que los discursos. Un ensayo parlotea siempre un poco, y huye de la noche de su silencio a toda velocidad en el lenguaje y en el miedo. Es un sufrimiento que puede sumergir en la embriaguez, que puede sumergir en las obras.

SEGUNDA PARTE

En 1899, Sigmund Freud escribió de repente, en un libro sobre el sueño, una frase que humilla brutalmente al pensamiento y que de un golpe avergüenza a todo el lenguaje:

«Das Denken ist doch nicht anderes als der Ersatz des halluzinatorischen Wunsches.» (El pensamiento no es otra cosa que el sucedáneo del deseo alucinatorio.) Por una parte, todo pensamiento, originariamente, es mentiroso. Por otra, toda palabra es una mentira. «Ersatz» (sucedáneo) es la palabra de Freud. Sueño y engaño son las palabras con las que juega nuestra lengua. En otro tiempo se decía sublimado, sublime. El pensamiento está encomendado a la ficción porque está encomendado a negar algo ausente. Los dos materiales de los que está constituido el pensamiento humano son la ausencia, el apartamiento con respecto a lo real, y la negación, el apartamiento con respecto a la ausencia.

Tenemos un espacio en blanco en nuestro origen. Experimentamos el pensamiento imposible de lo originario. Al experimentar el imposible pensamiento de lo originario, experimentamos el imposible pensamiento de nosotros mismos. Hemos venido de una escena en que no estábamos –pero que nuestro deseo representa y nuestros sueños reproducen. Por eso es por lo que el signo del sueño es la erección, que, en efecto, es el signo del que la escena tiene necesidad.

*

Esa cabeza que se alza de repente, la tensión del cuerpo que intenta hacer que regrese la palabra perdida, esa mirada ida a lo lejos, esa mirada implicada en la búsqueda de lo que no puede regresar – el conjunto de esa cabeza es imperiosamente sexual.

*

En la busca de la palabra perdida, el silencio es esta erección. Pero esa búsqueda del lenguaje humano tiene lugar de día. El sueño la ha abandonado. La noche la ha abandonado. Una erección que el sueño ha abandonado: eso es la falla.

*

¿Dónde aparece la muerte, en los hombres, si no en la felicidad? El goce es disolución de los miembros en sus medios, reabsorción en su fin. En la alucinación de satisfacción, la vida ha terminado, la búsqueda es recompensada, el tiempo es destruido. Es el nirvana. En el nirvana, el lenguaje mismo se retira. Eximirse del lenguaje, no ser ya uno mismo, no pensar, no desear, eso es el nirvana. Lo que el budismo llama nirvana es la implosión disolvente del sujeto en el no deseo. La verdadera muerte, la del prójimo, sólo aparece después sobre el fondo de esa experiencia de la satisfacción, de la disolución y de la felicidad. Sólo a partir de la felicidad la muerte puede aparecer entonces a la luz de la infelicidad y residir en la queja, es decir, en el cansancio de vivir y en la expulsión del pensamiento, que no por casualidad son los signos que indican el placer. El deseo y la queja dicen: «Tengo ganas de ser satisfecho, tengo ganas de morir.»

El goce espera el sueño en que zozobra. Pide la noche, que es siempre la noche primera, que es también la noche última – con la que va a reunirse después de este «lapso» de cuerpo y de lenguaje que llamamos biografía.

El lenguaje, en este sentido, es siempre esa lucha aterradora entre la noche y el silencio. El lenguaje es la escena primitiva que arde. Es esa lucha que busca la muerte orgásmica que por fin sacia totalmente la muerte

orgánica. Por eso es por lo que encontrar la palabra que se busca presenta rasgos tan próximos, incluso en el rostro de las mujeres, al afloramiento catastrófico de la eyaculación masculina.

*

Al jugar con la palabra que se tiene en la punta de la lengua, no juego a equívocos con las palabras. No saco por los cabellos de esa mujer su cabeza alzada en el aire, extendiendo el brazo en un suspenso comparable a los gestos de las patricias horripiladas ante el falo velado de la Villa de los Misterios. La no dominación del recuerdo de un nombre no obstante conocido, o de una idea que se siente en ausencia de sus signos -que no se siente verdaderamente, sino que quema: «¡Me quemo! ¡Me quemo!»- es la no dominación de uno mismo y es la sombra con la que se carga de la muerte a poco que no le echemos mano a la palabra que huye. Es esta mano en el silencio. Es esa predación silenciosa. Escribir, encontrar la palabra, es eyacular de repente. Esa retención, esa tensión, esa llegada repentina son eso.

Es acercarse, no al fuego -«¡Me quemo!»-, sino al hogar central de donde el fuego toma su llama.

El poema es ese gozar. El poema es el nombre encontrado. El formar cuerpo con la lengua es el poema. Para procurar una definición precisa del poema, quizá hay que convenir en decir sencillamente: el poema es exactamente lo contrario que el nombre en la punta de la lengua.

*

La poesía, la palabra recobrada, es el lenguaje que vuelve a dar a ver el mundo, que hace que reaparezca la imagen intransmisible que se disimula detrás de cualquier imagen, que hace que reaparezca la palabra en su espacio en blanco, que reanima la nostalgia del foco siempre demasiado ausente en el lenguaje que lo ciega, que reproduce el cortocircuito en acto en el seno de la metáfora. Las imágenes necesitan las palabras recobradas tal como los hombres, en quienes el lenguaje es secundario, caen perpetuamente en la necesidad de ser vueltos a pergeñar por el lenguaje -de ser ganados de nuevo por la idea del lenguaje- y deben recobrar el lenguaje; es decir, el verdadero lenguaje; es decir, el lenguaje en que lo real no comparece, en que el infierno asciende al mismo tiempo que Eurídice, en que la separación los persigue a sus espaldas, en que el deseo rectifica el cuerpo hacia adelante, erige; es decir, el lenguaje en que la palabra falta.

*

Uno de los pensamientos con el que más en deuda estoy es el de Kong-suen Long. Kong-suen Long vivió en la época de la dinastía Cheu, en el periodo llamado de los Reinos Combatientes, en el Chao. Era contemporáneo de Timeo. Lo que los chinos de la antigüedad reprochaban a Kong-suen Long era el «no ser de ninguna escuela». Este reproche se puede leer en el *Lie-tseu*. En 1977 traduje una aporía de Kong-suen Long. La comenté de nuevo en 1986. Por desgracia, para su destino, el «no ser de ninguna escuela» era una consecuencia de su pensamiento; pero, por suerte, para su pensamiento, esta consecuencia de su pensamiento es quizá sencillamente una consecuencia del pensamiento, del hecho de la falla. Hay dos proposiciones

de Kong-suen Long que han sido señaladas como «sorprendentes». Son, sin duda alguna, las proposiciones decisivas:

«Hay pensamientos que derivan de ninguna parte.»

«Hay meditaciones sin resultado.»

La lágrima, dicen los budistas, que está situada entre el lenguaje y lo real, no puede agotarse. Es el Ganges.

*

Por la noche, el signo de que hay un sueño es la erección.

Por el día, en cuanto hay erección es signo de un sueño.

En la lengua, en cuanto aparecen numerosos adjetivos es signo de lo sin lenguaje. Es el síntoma que descubre la parte materna, que señala la nostalgia de lo real anterior al lenguaje, que indica el foco resplandeciente, es decir, la escena violenta, es decir, lo real anterior a la realidad, es decir, el coito, es decir, la hiperestesia. Es la nostalgia en acto de lo otro del lenguaje, del objeto inencontrable, de la imagen intransmisible y del nombre en la punta de la lengua.

En sociedad, en todo aquel que quiera pensar hasta el final, el trastorno del pensamiento es el signo que indica la neurosis. Miramos fijamente algo que no llegamos a mirar fijamente. Pensamos incesantemente en un tema que no llegamos a tomar en consideración. Nos encontramos en un estado ante el cual las palabras no llegan a dotarse de sentido. La identidad personal se construye como una marea de combates contra ese espacio en blanco. Es un

salto contra ese límite. Es un brinco renovado incesantemente al fondo de uno mismo contra lo que a última hora amaga el salto. La identidad personal es sólo un nombre presuntuoso para designar ese haz de luchas contra la catástrofe, contra el hundimiento, contra la implosión del placer, contra la explosión de la agresividad, contra la en «hora» buena.

Incesantemente, un más allá intangible nos empuja a él en el interior del lenguaje como un vaso comunicante. No puede ser alcanzado por el lenguaje. Es eso de lo que el habla quiere hablar, que se mantiene incesantemente en los labios, pero que, al no pertenecer al habla, se escabulle de su atracción. Es una emoción que en el habla impide la voz, que regresa a los labios como en el movimiento de vomitar y se rompe inmediatamente antes del habla: que incesantemente está en la punta de la lengua y no en la lengua. Este brotar se percibe en el acceso de la propia habla, no reside en el habla. Él es el tiempo de fulminación que precede al habla verdadera. Es ese tiempo suspendido. Es ese suspenso del tiempo que empareja los labios desprovistos del lenguaje. Es esa mutación del caos que precede incesantemente al lenguaje porque el lenguaje es adquirido y sólo remite a objetos, sin designar nunca su fuente. El término griego «caos» se refiere al rostro que se parte; se refiere a la boca humana que se abre.

Por eso es por lo que la noción de evidencia se mantiene siempre en la fulminación y eso hasta en el racionalismo de los clásicos. Se mantiene en el cortocircuito, en los reencuentros con lo perdido. Nunca ella depende de la crueldad del lenguaje. Y, sin embargo, en el lenguaje-sobre-fondo-de-silencio se puede velar un florecimiento de las palabras verdaderas, de las palabras-

de-la-punta-de-la-lengua, permitiendo una iluminación interna sobre los objetos inmediatamente antes de los objetos y sobre uno mismo cuando uno no tiene todavía sí mismo, es decir, cuando se acerca una conversión del mundo porque lo real aflora en él desfalleciente, titubeante, y se muestra de nuevo disponible, nostálgico, desposeído, menesteroso. Por eso es por lo que en el lenguaje vuelve a ser de repente «indisponible» y a retrotraerse súbitamente a la búsqueda de la palabra que nos deja plantados. Es del lenguaje mismo del que el locutor se descubre separado súbitamente, separado totalmente. Y cuando el todo del lenguaje se malogra, en la medida en que ha sido necesario, es cuando la palabra verdadera puede surgir. Entonces esa palabra dice más de lo que significa, y muestra más de lo que expresa. La palabra verdadera es la llave que desatranca un espacio mucho más vasto que el cerrojo que se retira de la cerradura, que la puerta que éste abre. La palabra recobrada es el ábrete sésamo, no en cuanto palabra, sino en tanto que restituye a la escena intransmisible, que abre en la «punta» de la lengua, que introduce en lo real. Curiosamente, una vez nacidos, cuando los seres-de-lenguaje (los hombres) han pasado a la lengua, el lenguaje es la única neogénesis para la vida con la condición de que desfallezca.

TERCERA PARTE

Lo que se llama «congelar la imagen» es el momento, es el *movere* cuando se convierte en inmóvil. Es el tiempo

que la quiebra del lenguaje suspende. Es cuando la película se convierte en fotografía. Aristóteles dice que, en el hombre, la parte comprendida entre el cabello y el cuello se llama «pró-sopon», es decir, lo-que-se-presenta-de-uno-mismo-a-la-mirada-de-los-demás. «Puesto que el hombre es el único animal que se mantiene erguido, que mira de frente, que emite su voz de frente, él es el único que tiene un rostro.»

Sucede que Medusa es la única diosa cuya máscara es la de la cara humana. La máscara de Medusa es la cara humana femenina, vista de frente, con la boca abierta de par en par. Es el rostro de la muerte con el alarido de terror.

La máscara de cara humana aúlla para no unirse a la cabeza hueca -la cabeza de la que ha desertado la mirada-inmóvil, descarnada y silenciosa de las cabezas sin rostro. Las cabezas sin rostro son los muertos.

*

La ocupación interior que se apodera intensamente de la mujer a quien se ama más que a uno mismo, inquietante su mirada, suscita siempre un movimiento de retroceso.

Ella era una estatua. Ella era bella. La concentración de su mirada, cuando pasaba de lejos por encima de nosotros, hacía que temblara la luz.

*

Cuando el bajel de Ulises se internó frente a la isla donde vivían las Sirenas, la brisa que lo empujaba se detuvo. Súbitamente, ni una ola más arrugó la superficie del mar. Entonces el navío se quedó inmóvil en la luz -en

una «lluvia dorada»- y Ulises atado al mástil se quedó colgado de los labios de las Sirenas.

Las Sirenas son las Medusas del coito erótico. Las Gorgonas son las Sirenas del grito tanático.

*

Mi madre nos mandaba callar. Se empecinaba en la palabra que tenía en la punta de la lengua y que de una u otra manera ella obligaría a regresar. Como tetanizada, se esforzaba por rescatar del fondo de sí misma una etimología. Como con una máscara, crispada en su busca, trataba de reproducir una derivación filológica, reconstruyendo las etapas mediante la emisión de sonidos que parecían inverosímiles. Decía «sykolon», decía «ficato», y después de una larga serie de borborigmos que trastornaban su rostro, al término de una larga serie de modificaciones ininteligibles, griega, romana, imperial, merovingia, italiana, picarda, llegaba a «hígado». Nosotros nos quedábamos de piedra. Ella hacía subir las palabras del fondo de los tiempos. Mamá emitía gruñidos más infantiles y más heteróclitos que los que nosotros éramos capaces de producir. Era maga. Decía «horno» y, contrayéndose sus labios, dilatándose su boca, acentuándose la forma, se iba hasta «se» -en francés, «on»-. Ella comenzaba por la cosa -«rem»- y se llegaba a nada -en francés, «rien»-.

*

Mi madre intentando volver a atrapar la forma perdida, mi madre deslomándose por recobrar el verbo antiguo que lo explicaría todo, mi madre buscando su palabra se convertía en la apariencia de sí misma, como si la busca, al

inmovilizar los rasgos, al fijar la mirada, impusiera su máscara sobre el rostro - una máscara de todo punto semejante a la vida, si no la vida misma.

La cara se ha petrificado en su concentración. Se ha paralizado en la busca y en la frustración. Ya no es móvil. Lo no vivo la ha invadido. La cara de aquella que busca el nombre que está en la punta de su lengua ya no tiene rostro.

Yo no podía apartar la mirada de aquella máscara cuya alma había partido al otro mundo en busca de una palabra. Como si yo esperase con ansiedad no sólo el regreso del alma al cuerpo, a la movilidad, a la sonrisa, al calor de la vida, a la dulzura de la mirada, sino el regreso de la palabra al placer sonoro de proferirla, después de repetida con la alegría de la evidencia, una vez vuelta a encontrar.

*

Parece que todo lo relaciono con aquella mirada perdida y con la palabra que ahí se está buscando. Todo lo fundo con la fijeza de aquella mirada perdida porque todo en mí viene ahí a fundirse. Apartaba la mirada de las ruinas. Me fundía con aquel silencio y con aquella indigencia. Escuchábamos las sirenas de los barcos que volvían al puerto. Mamá buscaba una palabra. Mamá estaba ausente. Su rostro era una máscara. La madre ausente fue el corazón de mi vida. No hice voto de silencio. Estuve encomendado mucho más de lo que yo mismo me he encomendado a este acecho de lengua perdida. La música es eso en mí. Escribir es eso en mí. La crispación sobre la venganza (convertirse en el nombre que se busca, convertirse uno mismo en el ideal de esa lengua perdida,

convertirse en el héroe de la lucha primitiva, convertirse en Perseo y como él encapucharse con el casco de piel de perro del dios de los muertos con el deseo irrevocable, mucho más que irresistible, de hacer frente a Medusa, de plantar cara, frente a frente, al cara a cara femenino y humano). Esta crispación sobre el objeto que queda por encontrar, sobre la palabra que falta, sobre la muerte del otro el día en que se reúnan las condiciones del castigo, sobre la retórica (que no es otra cosa, según Aristóteles, que la busca del discurso capaz de hacer que se humille el oyente, y más sencillamente, según los oradores romanos, la busca de la frase que mata), sobre la pintura antigua, sobre el instante del goce sexual, sobre el libro, todo lo que me hace vivir de manera desordenada se confunde en ese rostro que abandona el rostro y se transforma en cara humana abandonada, con la boca abierta acerca del lenguaje perdido.

CUARTA PARTE

Tres monstruos habitaban en el extremo Occidente, más allá de las fronteras del mundo, por el lado de la noche. Dos de aquellos monstruos eran inmortales, Esteno y Euríale. La última era mortal y se llamaba Medusa. Sus cabezas estaban rodeadas de serpientes. Poseían grandes colmillos, semejantes a los de los viejos jabalíes solitarios, manos de bronce, alas de oro. Sus ojos resplandecían. Los dioses eran más recientes que aquellos monstruos.

Cualquiera que, dios u hombre, cruzara su mirada con ellas quedaba convertido en piedra.

El rey de Argos tenía una hija bellísima, a la que amaba locamente. Su nombre era Dánae. El oráculo le advirtió que si daba a luz un varón, el nieto mataría a su abuelo. Por eso el rey encerró a su hija en una cámara subterránea con paredes de bronce.

Zeus vino a visitada en forma de una lluvia de oro. Así es como nació Perseo.

El rey lloró. Se acercó a la orilla del mar. Mandó encerrar a Dánae y al niño en un arcón de madera. Mandó que los arrojaran al mar. Un pescador atrapó el arcón en sus redes.

Cuidó de la madre y educó al hijo. Sucedió que el tirano Polidectes se enamoró de Dánae y codició su cuerpo. Perseo dijo que le regalaría al tirano la cabeza del monstruo con cara de mujer si cejaba en su empeño.

Cogió su lanza, su escudo, su espada, su casco y partió hacia la muerte, al oeste del mundo. Tomó posesión de siete objetos mágicos: las dos sandalias aladas, la hoz y la alforja, el diente único y el ojo único de las Greas, el casco de piel de perro del dios de los muertos. Encontró la guarida de la mujer con rostro de mujer vista de cara. Para evitar cruzarse con su mirada, tomó dos precauciones: 1. Perseo decidió penetrar por la noche en la gruta monstruosa; 2. Perseo bruñó su escudo.

Así es cómo Perseo no miró de cara a Medusa en el instante en que la hizo frente en la gruta: en la oscuridad de la noche, se sirvió de su escudo como si usara un espejo. Al devolverle su imagen, la Gorgona se horrorizó. Ella dijo:

«No me has visto. Te has valido de artimañas y sin embargo te doy las gracias. Muerta, no sólo mi cara conservará su poder, sino que lo habrás reforzado al matarme. Si mi cara significa la muerte para quienes la ven, vas a añadir mi propia muerte a mi rostro. Temo que no te arrepientas de tu proceder. Reflexiona una vez más. Soy el rostro de las mujeres y tú no lo conocerás. ¡Mírame!»

Perseo, siempre con la cabeza girada hacia atrás, dijo a Medusa:

«No me parece que haya pensado nunca en mirar a la muerte.»

Entonces Perseo, siempre con la cabeza vuelta hacia el fondo de la gruta, ayudándose con el espejo para entrever la sombra del cuerpo, alzó la hoz. Rebanó la cabeza de mujer con cara de mujer. Tanteando en la oscuridad, ocultó la cabeza en su alforja y se la trajo a la diosa de la ciudad de Atenas, que la colocó en el centro de su égida.

*

«Ordinatur, contenat, rumpat.» Ellas son tres, dice Isidoro de Sevilla. La primera para urdir, la segunda para tejer, la tercera para romper. Hay tres hadas porque hay tres intimaciones fatales. Y hay tres *fata* porque hay tres tiempos. Con sus dedos tuercen lo hilos.

El pasado es lo que está devanado en el huso. El presente, lo que está entre los dedos. El futuro es la lana que ha quedado en la rueca.

¿Por qué son mujeres? Porque los hombres no conciben a las mujeres. Porque mujeres y hombres son

concebidos por mujeres. ¿Por qué la diosa tiene por rostro el de la mujer con cara de mujer? Porque ése es el primer rostro. De cada tres mujeres, dos son siempre Madres.

¿Por qué las mujeres se convierten en Madres? ¿Por qué las mujeres tienen hijos? Las Madres tienen hijos para diferir la muerte en la cadena de las generaciones. Pasan el relevo que quema los dedos en cuanto los han acercado al centro del hogar vivo. Pasan el relevo de lo que las horroriza; pasan la imagen de lo que no puede ser visto de frente; endosan la cara que no tiene rostro. Encomiendan a otras más jóvenes la tarea de dar alaridos porque no tienen valor para asumir solas el infierno, porque nunca han dado testimonio del deseo de interrumpir el curso del grito de la muerte. Los Padres transmiten un nombre que por sí mismo no significa nada. Endosan el lenguaje. Las mujeres desplazan el peso de la muerte a las espaldas de los hijos que tienen en medio del dolor, con la boca abierta, dando alaridos. Pasan el origen. Los Padres transmiten el nombre. Las Madres transmiten el alarido.

*

Lo que está entre los dedos, lo que está en los labios, lo que está bajo los ojos, lo que nos da tres. Son las Parcas, las Esfinges, las Sirenas o las Gorgonas. Por un lado las voces de perdición. Por otro, las miradas fulminantes. Son siempre mujeres porque las Madres son siempre mujeres.

La fulminación de la mirada ante el objeto que está de más, el objeto que aumenta, el objeto de la metamorfosis, el objeto que indica el sueño, no tiene nada que ver con la fulminación ante el lenguaje que falta. Perseo puede volver contra la mirada de Medusa su poder de muerte. La

ausencia de sí en la busca de un recuerdo que escapa de la voluntad de aquel que pretende recuperarlo no puede ser devuelta. Lo que se escapa ni siquiera puede ser reflejado. No puede ser visto en la realidad, ni visto en un espejo. Es Melusina. Como en la concepción, como en la extrema infancia, la piel que separa entre uno mismo y mundo no está hecha. Esta piel deshecha es la falla. La palabra está extraviada en sí misma o fuera de sí misma, continuamente. Como una mosca, decía Catalina de Médicis en su locura. Como la música - que no conoce ni exterior ni interior y contra la cual ninguna piel o ningún párpado protegen. Puesto que ningún párpado se cierra sobre la oreja.

*

Las Gorgonas siempre se representan de frente, como el sexo femenino. Son las que fulminan.

Los Silenos siempre se representan de perfil, como el sexo masculino. Son los que fascinan.

*

Ante la Esfinge hay que saber responder o morir. Al donaire del alegato se opone el desgaire de la réplica. ¿Cómo responder al enigma y, de alguna manera, volverle de regreso el espejo? Poseyendo el tiempo del regreso para cada palabra que está en la punta de la lengua convertida en la punta del papel: eso es escribir. Escribir es requerir el tiempo de lo perdido, requerir el tiempo del regreso, asociarse al regreso de lo perdido. La emoción tiene entonces tiempo de reavivar el recuerdo; recordar tiene tiempo de regresar; la palabra tiene tiempo de ser

recuperada; el origen tiene tiempo para fulminar de nuevo; la cara vuelve a encontrar un rostro.

*

Permanecemos en vela entre el placer y el deseo. Durante esa vela -que es un sueño diurno- escribimos. Buscamos palabras. Entretenemos la indigencia buscando palabras. Chrétien de Troyes es el único novelista de la lengua francesa que en sus novelas ha enumerado esos enigmas, esas escenas de «*songears villants*», esos olvidos, esos pasmos, esas distracciones o esos sueños despiertos, esas crisis de mutismo inopinadas, esos momentos de abandono al vacío, esos recuerdos confusos y que no se logran desenmarañar a pesar de la angustia que los visita a intervalos, esos estupores, esas nada, esas fallas, esos breves éxtasis.

En la nieve, Perceval se sostiene apoyado en su lanza. «Es tanto lo que piensa que se olvida.» De repente las ocas salvajes alzan el vuelo. Hay tres gotas de sangre en la nieve.

*

Escribir es escuchar la voz perdida. Es tener tiempo para encontrar la palabra del enigma, para preparar la respuesta. Es buscar el lenguaje en el lenguaje perdido. Es recorrer incesantemente la distancia que media entre el engaño o el sucedáneo y la opacidad ininteligible de lo real, entre la discontinuidad del lenguaje encomendado a la disidencia de los objetos e implicado en la identificación de los individuos -la cara vista en espejo- y el continuo materno, el río, el chorro de orina materna: la cara vista de cara. «Cum essem parvulus, loquebar ut parvulus,

sapiebam ut parvulus, cogitabam ut parvulus. Quando autem factus sum vir, evacuavi quae erant parvuli. Videmus nunc per speculum in aenigmate: tunc autem facie ad faciem.» Pablo de Tarso escribió en su primera Epístola a los Corintios: «Cuando era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Cuando me he convertido en un hombre, hice desaparecer lo que era del niño. Ahora vemos en un espejo y por enigma: entonces será cara a cara.» Lo que busca el escritor para quien escribir es vital, en el instante en que escribe libros, no es tal vez nunca la obra que resulta de la inscripción, sino ese colapso. Por mi parte, reconozco que lo que busco al escribir es la falla. ¿y quién no estaría convencido de ello al ver lo que escribo? Se trata de esta posibilidad de ausentarme de cualquier aprehensión reflexiva de mí mismo por mí mismo en el instante en que escribo. Se trata de ausentarse hasta del tiempo en que yo estaba ausente. Se trata de ausentarse de donde he llegado. Se trata del hogar. O por lo menos del enigma. ¿Cuál es el enigma? Los budistas responden que el enigma es Maya. ¿Quién es Maya? Es el reflejo de Nirvana. ¿Cuál es palabra del sánscrito para llamar al enigma? Es la palabra *braman*. Se trata de llegar de nuevo, gracias a la falla, hasta la ribera del lenguaje. Se trata de la fuente hacia la cual remonta el salmón locamente toda su vida, para desovar, es decir, para morir. La alcanza para dar nacimiento y morir. Escribir es desovar. Esa sensación de fusión en el lecho más antiguo, el agua que disuelve, el espacio líquido donde uno retoza al morir, donde el futuro se convierte en pasado, donde muerte equivale a nacimiento. Se trata de esa espuma. Se trata de Afrodita. Espacio en blanco que es el enigma. Espacio en blanco exactamente comparable a lo que busca quien lee cuando se abstrae en su lectura pero

espacio en blanco aún más río arriba. Espacio en blanco más perdido que el lector no ha perdido pues este último es dueño de su pérdida. Espacio en blanco más cercano a la fuente y de tal índole que quien, contradictoriamente, controla su pérdida nunca se encuentra en condiciones de acercarse a él. Espacio en blanco como el desove. Blanco como la gota que doblega el placer.

*

Espacio en blanco como el retozo. La espuma no es más que el mar azotado. Afrodita es la «diosa nacida de la espuma».

Una vez a la semana, Melusina se encerraba con llave en la cámara prohibida y tomaba un baño en ella. Volvía a convertirse en pez. Retozaba en su cubeta. Cantaba.

El señor de Lusignan quiso ver. Perforó el muro de plomo y al punto su esposa desapareció gritando, con un gran coletazo en la cubeta, que le salpicó.

Sólo podemos permanecer entre los hombres tanto tiempo como nuestra naturaleza animal es ignorada. Somos como las hadas que el lenguaje hablado destruye. Si rompemos el silencio, desaparecen en el mismo instante en que retozaban.

En la habitación prohibida, en la habitación de la filogénesis, a cubierto de las miradas, quien escribe retoza. Se convierte en ramapiteco, después en tarsio, después en salamandra. Después va a dar al lago del carbonífero. Se desliza a lo largo de la orilla. Se sumerge y se transforma en pez. Va a dar al agua, a la sombra de la noche, al caos, al big bang; es decir, al canto de Melusina. Escribir es dar ese grito, dar ese escrito. Es el cortocircuito entre

ontogénesis y filogénesis, en el Occidente del mundo, más allá de la Noche.

QUINTA PARTE

«Praeterit enim figura hujus mundi.» Incesantemente no hay mundo en el lugar en que vivimos. Incesantemente la figura del mundo ha pasado. Incesantemente el lenguaje está ausente. Incesantemente aquélla a la que se ama se reduce a un sueño. Incesantemente los recuerdos no son más que piedras.

«Hoc itaque dico, fratres: Tempus breve esto Qui habent uxores, tanquam non habentes sint. Qui flent, tanquam non flentes. Qui utuntur hoc mundo, tanquam non utuntur. Pra- eterit enim figura hujus mundi.» (Yo os digo, hermanos: el tiempo es breve. Que quienes tienen mujer vivan como si no la tuvieran. Los que lloran, como si no llorasen. Los que hacen uso de este mundo, como si no lo hicieran. Pues la figura de este mundo ha pasado.) En el mismo instante en que descubrí que el lenguaje faltaba, descubrí el sueño de las palabras verdaderas sobre el fondo de silencio -como islas sobre la muerte- que hacen que quien las dice tiemble de deseo o que lo enronquecen absurdamente y hacen que se funda en lágrimas.

*

Este pequeño tratado acerca de Medusa no es sino un pedazo de mi vida.

El cuento, al contrario que mi vida, es un pedazo que ha quedado del sueño.

*

Todo sueño es imposible: pero no existen los sueños que son posibles. Es su sorpresa la que paraliza el rostro y lo alza. Es el sueño el que persiste en soñar bajo el lenguaje, debajo del lenguaje, desdeñando el sucedáneo. Un libro que hubiera abierto la puerta hacia la realidad nunca vista en una lengua que fuera una sorpresa, la cual se agarrase de pronto a la garganta hasta el punto de que ella hiciera daño, o bien que fuese de repente tan suave o tan suntuosa o tan digresiva que le tomase la delantera al espíritu en el goce inopinado. Todo goce es aquello que pilla de súbito. Lo que se espera de un escritor no sólo es desconocido para quien lo espera, sino que es desconocido para quien redacta, tan es así que algo que no es un objeto no podría ser nunca un proyecto. Quien escribe se sumerge en la palabra ausente para encontrar algo que ignora el lenguaje, que no es ni bueno ni bello, que aterroriza al lenguaje y apasiona a los días, que ataca por atacar, que nace, que no está en lo que está, que abre camino, que abre camino y que espanta, que molesta a los muertos que están en los infiernos, que rompe con el orden que existe antes que él, que rompe con los vivos que coexisten con él, que vive para vivir.

Rompe con lo que es; le gusta romper; le gusta odiar lo visible. Se consagra apasionadamente a lo que todos los demás ignoran de él. Se consagra a la cosa que no es nunca un objeto, al libro abierto como la boca abierta sobre la palabra que desfallece, que ella está a punto de recobrar y que ella va a resucitar más viva que si la hubiera sabido.

Como los marineros de Ulises, cuando el viento está en calma, él rema. Todo pasa. «Linguae cessabunt. Scienti destruetur.» (¿Las lenguas? Se callarán. ¿La ciencia? Desaparecerá.) Es repatriar incesantemente el mundo al antemundo, incesantemente revivir, dar vida de nuevo, volver a confiar en el más arriba, revivificar la vida, reiluminar el sol. Quien escribe busca la iluminación.

*

Es ese centelleo de la mirada abandonada el que se levanta y el que busca. Estoy encomendado a ese centelleo, a la erección de ese rostro separado del lenguaje. «Sentio legem.» Siento una ley.

*

«Sentio legem.» Siento una ley. Es esa mirada. Es ese ceño que se frunce. Es esa mano que se eleva ante la boca silenciosa y que manda guardar silencio en torno a la mujer con cara de cara que busca.

*

«Sentio legem.» Siento una ley. Siento esa mirada que se endurece. No caigo por fe en la existencia de un señor del mundo. No preveo que sucederé a mi cuerpo ni que una forma nueva de mí sustituya a mi cuerpo y que esta nueva forma se acerque temblando a un trono, ni que vaya a celebrarse un juicio. «Sentio legem»: pero siento en mí una ley. Pero siento en mí el Día del Juicio, el juicio mismo, su severidad despiadada, la reverencia que me inspira. Escribo para el alba de ese día. Solo aprecio, entre las artes, las obras que creen en el Día.

Dies irae. Creo en la iluminación de ese Día. Creo en el Día de la Cólera. Creo en el tribunal absoluto en donde los ineptos serán separados de los llenos de merito, en donde se distinguirá a los veraces de los impostores.

Dies ultionis. Creo en el Día de la Venganza. Creo en la luz iluminada del día. En el que el mal será devuelto al mal; en el que las injurias serán vengadas; en el que los resentimientos serán descubiertos; en el que las intrigas serán denunciadas; en el que los ultrajes serán lavados. Dios dice: «¡La venganza es mía! ¡Yo soy quien pagará con la misma moneda!» «Mihi vindicta! Ego retribuam!, dicit Dominus.»

Dies Domini. Creo en la luz del domingo. «Dies Domini declarabit.» El Día hará que se conozca la obra de cada cual; pues el Día debe revelarse en el fuego: «Ignis probabit.» ¿En qué fuego se define el Día del Juicio? El Día del Juicio se define en esto: «Neque meipsum judico.» (No puedo juzgarme a mí mismo.) Lo que resista, el fuego lo afianzará con su fuerza. Lo que es débil será consumido. Dios dice: «Es mi Día. No haréis nada durante un día entero. Cada semana, me reservaréis este día. Tendréis que esperarme sin abrir camino; tendréis que esperarme espantados; tendréis que esperarme buscándome; tendréis que esperarme apretando los dedos; tendréis que esperarme rezando con la punta de vuestros labios; tendréis que esperarme temblando de estupor. Y ésa será vuestra hora porque ése es mi Día.» Cada día es domingo para mí porque cada hora es la erección de la luz.

*

Sentio legem. He unido al hecho de escribir una idea de deber. Me parecía que, si me faltasen esas palabras del

silencio, no sobreviviría ni un día. Me parecía que, si no tuviese la audacia de hacerme completamente místico, me quedaría sin embargo en la proximidad de un calor vital. Por eso es por lo que ningún día puede ser festivo para mí. Sin duda pereceré asfixiado de angustia. Sin duda en el origen había un trozo de madera para no naufragar, una excusa para aislarme, una artimaña para sustraerme a la vigilia, a su vigilancia, a la atención de los demás, un subterfugio para engañar a la familia, a los amores, al mundo a hurtadillas de sí mismo y ponerme en fuera de juego del juego mientras no moría. Pero no soy ya dueño de la propia necesidad, ni del dispositivo de las horas en el alba. Ahora quiero romper el espejo. Ahora quiero el día y ahora quiero su cara. No puedo reemplazar las horas de esta alba por horas de ejercicio con el violonchelo, por viajes en que se requiera atención, como en automóvil, o bien por fiestas, visionados de películas, consejos de administración, o por entierros de amigos. Una y otra vez cualquier ocasión me parece un pasatiempo y me llena de culpa.

*

Somos desfallecientes. El cautiverio en que el hambre nos mantiene cada día, el sueño que hace que el sexo se levante, el movimiento, el miedo, el espejo, el lenguaje se recomponen como las olas se reproducen en los océanos abiertos. No tenemos que renunciar al atractivo de los helados de café que huyen bajo los cuchillos. No tenemos que renunciar a nuestro deseo ni que dejárselo a la edad o al reposo, a la gloria aparente ni a los cargos y su aburrimiento, a los honores y a los papeles desempeñados, ni a las mujeres, ni al dinero. No tenemos que dejárselo a una casa, a una familia, a un sistema de pensamiento, a

unas comodidades, a una causa, a una paz, sean los que fueren. El bien que hemos recibido al nacer es sólo la vida, la avidez de la vida, y nada debe confiscarla a poco que no deseemos morir, por mucho que nos parezca incomprensible y salvaje, reacia al lenguaje y esquiva ante la conciencia, poco humana y peligrosa, o por cruel que esta fuente angustiada que nunca encontramos del todo en la punta de la lengua nos parezca. Todo lo demás es la muerte. Todo objeto en el que ese deseo o esta violencia se fijan es la muerte. No puede ser saciado. Es el tormento en que él mismo involucra.

Me gusta que los hombres creen su vida como si fueran hacia ese día de desnudez, de miedo, de verdad -que es el miedo visto de frente-, de temblor en la luz. Lo mismo que el yo no es dueño de la humanidad, no puede elevarse por encima de sí para tomar la medida de la identidad acerca de la que se engaña - puesto que esta última no es más que el sempiterno sucedáneo de una noche que él no puede con-templar. Lo mismo que el hombre no es dueño del lenguaje, la tierra no está en el centro de las galaxias y no gobierna los planetas, los huecos y el resplandor de los astros. El lenguaje es una pantalla. La voluntad es una mancha sobre la visión. La conciencia, un demonio satélite. Todos procuran el crimen y la muerte. La lucidez, la razón, el lenguaje vivo son arbustos que requieren cuidados infinitos, que revientan incesantemente, porque no encuentran ninguna tierra en nosotros. Incesantemente nos agarramos al viento. Incesantemente tanteamos a ciegas raíces en el desierto. Incesantemente desfallecemos. Incesantemente vamos a dar a la noche y al silencio como el agua a las zanjas.